

ba sus inmensos espacios de verdura, buscando entre los árboles la mancha gris del pabellón. Albina se callaba, en pie a su lado, volviendo a ponerse seria.

—El pabellón está allí, a la derecha—dijo sin que él le preguntase.—Es cuanto queda de las construcciones... ¿Lo ves bien, al extremo de aquel cubierto de tilos?

Y guardaron nuevo silencio. Y como continuando en voz alta las reflexiones que ambos mentalmente se hacían, la joven repuso:

—Cuando él iba a verla, debía de bajar por esta avenida; luego daría la vuelta por los grandes castaños y penetraría bajo los tilos... Apenas necesitaría un cuarto de hora.

Sergio no desplegó los labios. Cuando emprendieron el regreso, bajaron la avenida, dieron vuelta a los grandes castaños y penetraron bajo los tilos. Era como un camino de amor. Sobre la hierba, parecía que buscaban huellas de pasos, un rizo de cinta caído, un hábito de antiguo perfume, algún indicio que les demostrase con claridad que se encontraban seguramente en el sendero que conducía a la jubilación de hallarse juntos. La noche se acercaba y del parque se exhalaba una gran voz moribunda que les llamaba desde el fondo de las enramadas.

—Espera—dijo Albina cuando estuvieron ante el pabellón.—No irás arriba hasta dentro de tres minutos.

Huyó alegremente y se encerró en la habitación del techo azul. Luego, después de haber dejado que Sergio llamase dos veces a la puerta, la entreabrió discretamente y le recibió con una reverencia a la antigua usanza.

—Buenos días, mi querido señor—le dijo besándole.

Aquello les divirtió en extremo. Jugaron a los enamorados, con puerilidad de galopines. Balbucearon la pasión que en otros tiempos había ago-

nizado allí. Aprendíanla como lección que masculaban por modo adorable, sin saber besarse en los labios, buscándose las mejillas y acabando por bailar el uno ante el otro, riendo a carcajadas, por no saber testimoniar de otro modo el placer que saboreaban al amarse.

IX

A la mañana siguiente, Albina quiso salir, en cuanto apuntó el sol para el gran paseo que estaba disponiendo desde la víspera. Llena de alegría, daba pataditas en el suelo, diciendo que no estarían de regreso en todo el día.

—¿A dónde vas a llevarme?—preguntó Sergio.

—Ya verás, ya verás.

Mas él la cogió por las muñecas y la miró a la cara.

—Hay que tener juicio ¿verdad? No estoy para que vayas en busca de tu floresta, ni de tu árbol, ni de tu hierba, en donde se muere. Ya sabes que esto está prohibido.

La joven se ruborizó ligeramente, protestando y diciendo que ni por soñación pensaba en aquello. Después agregó:

—No obstante, si encontrásemos, sin buscar, por pura casualidad, por ventura ¿no llegarías a sentarte?... Es muy poco lo que me quieres.

Partieron y atravesaron el jardín en derechura, sin detenerse al despertar de las flores, sin disfraz en su baño de rocío. La mañana aparecía con sonrosados matices, con sonrisa de hermoso niño, que abre los ojos en medio de la blancura de su almohada.

—¿A dónde me llevas?—repitió Sergio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 123 MONTERREY, MEXICO

Y Albina se reía sin quererle contestar. Pero cuando llegaban ante la sábana de agua que dividía el jardín al extremo del gran cuadro, quedóse por completo consternada. El arroyo bajaba aún henchido con las últimas lluvias.

—Hoy podremos pasar—dijo entre dientes.—Por regla general, me quito los zapatos y me remango las sayas; mas hoy tendríamos agua hasta la cintura.

Anduvieron un instante por la orilla, en busca de un vado; mas la joven decía que era inútil, pues conocía todos los hoyos. En otros tiempos había allí un puente, un puente cuyo derrumbamiento había sembrado el río de gruesas piedras, entre las cuales el agua pasaba con torbellinos de espuma.

—Súbete a mi espalda—dijo Sergio.

—No, no, no quiero. Si llegases a resbalar, no daríamos mal chapuzón uno y otro... No sabes lo traidoras que son esas piedras.

—Sube a mi espalda.

Aquello acabó por tentarla. Tomó vuelo y saltó como un muchacho, tan alto que se encontró a horcajadas sobre el cuello de Sergio. Y sintiéndole tambalearse, gritó que no se encontraba aún lo bastante fuerte y que quería bajar. Pero después saltó de nuevo dos veces seguidas. Aquel juego les embelesaba.

—Cuando hayas concluído—dijo el joven riendo.—Ahora, tente firme; va la definitiva.

Y, en tres ligeros saltos, atravesó el riachuelo, con las puntas de los pies apenas mojadas. En la mitad, no obstante, Albina creyó que resbalaba; dió un ligero grito y se sujetó con ambas manos a la barba del joven; mientras él, casi a galope, se la llevaba y la dejaba sobre la arena de la opuesta orilla.

—¡Hue! ¡Hue!—gritaba tranquilizada y divertida por tan nuevo juego.

Sergio corrió por tal modo cuanto ella quiso,

golpeando con los pies e imitando el ruido de los zuecos. Ella chasqueaba con la lengua, habíale cogido dos mechones de sus cabellos y tiraba cual si fuesen bridas, para lanzarle a derecha o a izquierda.

—Bueno, bueno, ya hemos llegado—dijo dándole golpecitos en las mejillas.

Saltó a tierra, en tanto que él, lleno de sudor, se arrimaba a un árbol para cobrar aliento. Entonces Albina le riñó, amenazándole con no cuidarle, si volvía a caer enfermo.

—¡Déjalo! Esto me hace bien—contestó.—Así que haya recobrado por completo las fuerzas, te llevaré mañanas enteras... ¿A dónde me llevas?

—Aquí—dijo la joven, sentándose con él bajo un gigantesco peral.

Hallábanse en el antiguo vergel del parque. Un seto vivo de ojiacantos, una muralla de verdura, interrumpido por brechas, formaba un trozo de jardín a parte. Era un bosque de árboles frutales, que la podadera no había cortado desde hacía un siglo. Ciertos troncos se encorvaban poderosamente, crecían al través, al impulso de los huracanes que los habían doblegado; mientras que otros, abollados con enormes nudos, agrietados con cavidades profundas, no parecían ya sostenerse en el suelo sino por las gigantescas ruinas de sus cortezas. Las elevadas ramas, encorvadas cada estación por sus frutos, extendían a lo lejos desmesuradas raquetas; hasta las más cargadas, que se habían desgajado, tocaban en tierra, sin que hubiesen dejado de producir, separadas por espesos redondeles de savia. Los árboles, entre ellos, prestábanse apoyos naturales, no siendo más que pilares retorcidos, sosteniendo una bóveda de hojas que se abría en grandes galerías, lanzándose bruscamente en diáfanas telas y aplastándose casi a nivel del suelo en desfondados sobradillos. En torno a cada coloso, renuevos silvestres formaban enramadas, aumentaban la confusión de sus recientes tallos, cuyas disminu-

tas bayas tenían una acidez exquisita. En la verdosa claridad que corría como agua clara, en el silencio de la espuma, resonaba tan sólo la sorda caída de los frutos que el viento recogía.

Había allí albaricoqueros patriarcas, que soporaban con gallardía su mucha edad, paralizados ya por un lado con un bosque de madera muerta, semejante a un andamiaje de catedral, pero tan vivos en la otra mitad, tan jóvenes, que nuevos vástagos hacían estallar la ruda corteza por todas partes. Ciruelos venerables, cubiertos de musgo, crecían aún para ir a beber el ardiente sol, sin que una tan sola de sus hojas palidesciera. Los cerezos, construyendo ciudades enteras, casas de muchos pisos, echando escaleras, establecían pavimentos de ramas, anchos como para albergar diez familias. Venían después los manzanos, derrengados, con los miembros retorcidos como grandes enfermos, con la piel barbosa y manchada de verde mohoso; los perales lisos, alzando una mastilería de altos y delgados tallos, inmensa, semejante a la desbandada de un puerto, rayando el horizonte con oscuras barras; los rosáceos melocotoneros, haciéndose abrir paso en el aplastamiento de sus vecinos, con amable risa y una despaciosa emergencia de hermosas niñas extraviadas en medio de la muchedumbre. Ciertos troncos, antiguamente en espalderas, habían hundido las bajas paredes que los sostenían; ahora campaban por sus respetos, libres de alambrados, cuyos desprendidos trozos colgaban aún a sus brazos; brotaban a su mejor talante, no habiendo conservado de su textura especial sino las apariencias de árboles distinguidos, arrastrando en la vagancia los girones de su ropaje de gala. Y por cada tronco, por cada rama de uno a otro árbol, corrían desbandadas de viña. Las cepas subían como risas locas, se adherían por un instante a cualquier elevado nudo y luego se volvían con un rebote de más sonoras risas, salpicando todos los follajes con la dichosa embriaguez de los pámpanos. Era aque-

llo un verde tierno dorado por los rayos del sol, que iluminaba con un matiz de embriaguez las asoleadas cabezas de los grandes ancianos del vergel.

Después, hacia la izquierda, árboles más espaciosos, almendros de débil follaje, permitían que el sol madurase en el suelo calabazas semejantes a lunas caídas. Había allí también, a la margen de un regato que atravesaba el vergel, melones agrietados de verrugas, perdidos en las sábanas de hojas rampantes, así como barnizadas sandías, de perfecto óvalo de huevos de avestruz. A cada paso, matorrales de groselleros, obstruían las antiguas avenidas, exhibiendo los límpidos racimos de sus frutos, rubíes de los cuales cada grano se iluminaba con una gota de sol. Setos de frambuesas se extendían como zarzas silvestres, mientras que el suelo no era ya sino una alfombra de fresales, hierba por entero sembrada de maduras fresas, cuya fragancia contenía un ligero dejo de vainilla.

Pero el encantado rincón del vergel se hallaba aún más a la izquierda, contra la rampa de peñas que allí empezaba a escalar el horizonte. Penetrábase en plena tierra ardiente, en una estufa natural, en donde el sol caía a plomo. Al principio era menester atravesar higueras gigantescas, desmadradas, estirando sus ramas como cenicientos brazos cansados de dormir, tan obstruidas con el cabelludo cuero de sus hojas que, para pasar, era forzoso tronchar los jóvenes renuevos que brotaban de los troncos resecaos por la edad. En seguida se caminaba entre ramilletes de madroños, de verdura de gigantesco bojes, cuyo rojo fruto hacía asemejarse a mayos adornados con penachos de seda escarlata. Venía después una arboleda de espinos de acerolos, de azofaitos, al lado de la cual los granados presentaban una orla de follaje de perpetuo verde; las granadas se desarrollaban apenas, quedando tan gruesas como el puño de un niño; las purpúreas flores en el extremo de las ramas, parecían tener el batir de alas de los pájaros de las

islas, que no doblegan las hierbas sobre las cuales viven. Y llegábase por último a un bosque de naranjos y limoneros, que brotaban vigorosamente en plena tierra. Los rectos troncos hundían hileras de oscuras columnas; las relucientes hojas transmitían el júbilo de su claro colorido al azul del cielo, recortando limpiamente la sombra en delgadas y puntiagudas hojas, que dibujaban en el suelo los millones de palmas de una tela indiana. Era un sombraje de encanto particular, en cuyo parangón, las sombras del vergel de Europa carecían de animación: un tibio regocijo de la luz tamizada en un polvo de oro volante, una certidumbre de verdura perpetua, una fuerza de fragancia continua, el penetrante perfume de la flor, el más grave aun del fruto, transmitiendo a los miembros la desmayada flexibilidad de los países cálidos.

—Y ahora vamos a almorzar—dijo Albina batiendo palmas.—Lo menos son las nueve y tengo apetito.

Habíase levantado. Sergio confesaba que él también comería de la mejor gana.

—¡Gran simple!—repuso la joven —¿no has comprendido que te traía a almorzar? No nos moriremos aquí de hambre. Todo es para nosotros.

Y penetraron bajo los árboles, apartando las ramas e internándose en la espesura de los frutales. Albina, que iba delante, con las sayas recogidas entre las piernas, se volvía y preguntaba a su compañero con su argentina voz:

—¿Qué es lo que a ti te gusta? Las peras, los albaricoques, las cerezas, las grosellas? Te advierto que las peras están todavía verdes; mas, con todo eso, son de lo más delicioso.

Sergio se decidió por las cerezas. Albina dijo que, en efecto, se podía empezar con aquello. Mas, como quiera que el joven fuese tontamente a encaramarse al primer cerezo que se presentaba, hízole andar todavía diez buenos minutos de camino, por medio de una confusión espantosa de ramas.

Aquel cerezo no tenía más que cerezas que no valían maldita la cosa; las de éste eran sobrado agrias; las de aquel otro no estarían maduras sino de allí a ocho días. Todos los árboles le eran conocidos.

—Mira, sube a este—dijo por último, parándose delante de un cerezo tan cargado de fruto, que los racimos llegaban hasta el suelo como collares de coral suspendidos.

Sergio se instaló cómodamente entre dos ramas y se puso a almorzar. Ya no oía a Albina; creíala en otro árbol, a algunos pasos de allí, cuando, bajando los ojos, la vió tendida tranquilamente boca arriba, debajo de él. Habíase deslizado allí, y comía sin servirse siquiera de las manos, atrapando con los labios las cerezas que el árbol le ponía al alcance de la boca.

Cuando se vió descubierta se rió a más no poder y se puso a saltar sobre la hierba como un pez blanco salido del agua, poniéndose boca abajo, arrastrándose sobre los codos, dando la vuelta alrededor del cerezo, todo sin dejar de atrapar las cerezas más gordas.

—Figúrate, me están haciendo cosquillas—gritaba.—Mira una que acaba de caerme en el cuello. ¡Y qué fresquitas están!... Las tengo en las orejas, en los ojos, en las narices, en todas partes. Si lo quisiese, estrujaría una para pintarme unos bigotes... Son más dulces abajo que arriba.

—¡Vamos!—dijo Sergio riendo,—eso es porque no te atreves a subir.

Quedóse ella muda de indignación.

—¡Yo! ¡Yo!—balbuceó.

Y apretando las faldas y sujetándolas por delante a la cintura, sin fijarse en que enseñaba los muslos, cogióse al árbol nerviosamente y se encaramó tronco arriba, con sólo el esfuerzo de sus muñecas. Ya allí, corrió a lo largo de las ramas, evitando hasta servirse de las manos; tenía los flexibles mo-

vimientos de la ardilla, sorteaba los nudos, dejaba ir los pies y se tenía tan sólo en equilibrio por el doblegar de la cintura. Cuando se halló en la parte más alta, al extremo de una delgada rama, que el peso de su cuerpo hacía oscilar furiosamente:

—¡Eh!—exclamó.—¿Con qué no me atrevo a subir?

—¿Quieres bajar más que de prisa?—imploró Sergio sobrecogido de terror.—Te lo ruego; vas a hacerte mal.

Pero, triunfante, subió más alto aún. Se mantenía en el extremo mismo de la rama, a horcajadas, avanzando poquito a poco sobre el vacío, cogiendo con ambas manos puñados de hojas.

—¡La rama se va a desgajar!—dijo Sergio desatinado.

—Que se desgaje ¡pardiez!—contestó ella con una carcajada;—así me ahorraré el trabajo de bajar.

Y la rama se rompió, en efecto; pero lentamente, con tan prolongado desgarró, que fué cayendo poco a poco, como para depositar a Albina en el suelo por modo muy suave. No se asustó lo más mínimo, dejábase caer y agitaba sus muslos medios desnudos, repitiendo:

—¡Qué cosa más bonita! Creeríase una en un coche.

Sergio había saltado del árbol para recibirla en sus brazos; y como se quedase pálido por la emoción que acababa de sufrir, ella se puso a bromearle.

Pero si eso de caerse de los árboles sucede todos los días. Nunca se hace nadie mal... Ríete, simplón. Mira, ponme un poco de saliva en el cuello. Me he hecho un arañazo.

Sergio le puso un poco de saliva, con la yema del dedo.

—Ya está curado—gritó escapando y haciendo una cabriola de pilluelo.—Vamos a jugar al escondite ¿quieres?

E hizo que Sergio la buscara. Desaparecía y lan-

zaba el grito de ¡Cucu, cucu! desde el fondo de enramadas tan sólo por ella conocidas, en donde Sergio no la podía encontrar. Mas aquel juego de el escondite no podía realizarse sin un terrible exterminio de frutos. El almuerzo proseguía en los rincones en que los dos niños grandes se perseguían. Albina, sin dejar de corretear bajo los árboles, extendía la mano, mordía una pera verde y se llenaba la falda de albaricoques. Después, en ciertos escondrijos, resultaban hallazgos que la hacían sentar en el suelo, haciendo caso omiso del juego y ocupándose en comer con toda formalidad. Hubo un instante en que ya no oyó a Sergio, y tuvo que ponerse a buscarle a su vez. Y resultó para ella una sorpresa, casi una pesadumbre, al descubrirle bajo el ciruelo, un ciruelo cuya existencia ignoraba ella misma y cuyas maduras ciruelas despedían un delicado aroma de almizcle. Y le dió una buena reprimenda. ¿Quería tal vez comérselo todo, pues ni siquiera había dicho esta boca es mía? Se hacía el babeiaca, mas tenía buena nariz y olía de lejos las cosas buenas. Estaba sobre todo furiosa contra el ciruelo, un árbol zamacuco, al que ni siquiera se conocía, que debía de haber brotado durante la noche para fastidiar a la gente. Sergio, al verla tan de mal talante y que se negaba a coger ni una sola ciruela, tuvo la ocurrencia de sacudir el árbol con toda su fuerza. Una lluvia, una granizada de ciruelas se vino al suelo. Albina, bajo aquel chubasco, recibió ciruelas en los brazos, en el cuello, en mitad de la nariz. Entonces no pudo contener sus carcajadas y quedóse envuelta en aquel diluvio, gritando: ¡Más, más! regocijada con las redondas balas que rebotaban sobre ella, tendiendo manos y boca, con los ojos cerrados y haciéndose un ovillo en el suelo para hacerse pequeña.

Mañana infantil, tunantada de chicuelos abandonados a sí mismos en el Paradou. Albina y Sergio pasaron allí horas pueriles de escolar escapatoria, corriendo, gritando, dándose golpes, sin que sus

inocentes carnes sintiesen el menor estremecimiento. Todavía no era aquello sino el compañerismo de dos buenas alhajas, que pensarán tal vez más adelante en besarse en las mejillas, cuando los árboles carezcan ya de postres que ofrecerles. ¡Y qué alegre rincón de la naturaleza para aquella primera escapada! Una bóveda de verdura con excelentes escondrijos; senderos a lo largo de los cuales no era posible mantener la seriedad por tal modo de los setos se desprendían reprimidas risas. El parque ofrecía, en aquel seductor vergel una pillería de ramajes huyendo a la desbandada, una frescura de sombra que estimulaba el hambre; una vejez de hermosos árboles semejantes a abuelos rebosantes de caricias. Ni siquiera en el fondo de los verdes retiros de musgo, bajo los despedazados troncos que les obligaban o arrastrarse el uno en pos del otro, en los corredores de hojarasca, tan angostos, que Sergio se uncía riendo a las desnudas piernas de Albina, se tropezaban con el peligroso ensueño del silencio. Nada de conturbador les llegaba del bosque en vacaciones.

Y cuando estuvieron hastiados de los albaricqueros, de los ciruelos y de los cerezos, corrieron bajo los delgados almendros, comiendo almendras verdes, gruesas apenas como guisantes, buscando las fresas entre las alfombras de hierba, incomodándose porque ni los melones ni las sandías estaban aún maduros. Albina acabó por correr con todo su vigor, seguida de Sergio, que no podía darle alcance. Metióse entre las higueras, saltando por encima de las gruesas ramas, y arrancando las hojas que echaba a la cara de su compañero. En algunos saltos, atravesó las enramadas de madroños, cuyo colorado fruto comía al pasar; y fué en la arboleda de los espinos, de los cerolos y de los azofaifos, en donde Sergio la llegó a perder. Creyó al principio que se había escondido tras de un granado; mas eran dos flores en capullo que él había tomado por los dos lazos color de rosa de sus muñecas.

Entonces recorrió todo el bosque de naranjos embelesado por el hermoso tiempo que allí reinaba, imaginándose que entraba en la mansión de las hadas del sol. En medio del bosque, distinguió a Albina, la cual, no creyéndole tan cerca, huroneaba vivamente, registrando con la vista las verdes profundidades.

—¿Qué es, pues, lo que estás buscando ahí?— exclamó.—Bien sabes que está prohibido.

Albina se sobresaltó y se ruborizó ligeramente, por la primera vez en toda la jornada; y, sentándose al lado de Sergio, hablóle de los felices días en que los naranjos maduraban. El bosque a la sazón hallábase del todo dorado, iluminado por completo con aquellas estrellas redondas, que acribillaban con sus fuegos amarillos la verde bóveda.

Después, cuando por último se dispusieron a dar la vuelta, Albina se detuvo en cada tallo silvestre, llenándose los bolsillos de peritas ásperas, de ciruelitas ágrías diciendo que aquello serviría para comer por el camino. Era cien veces mejor que cuanto habían probado hasta allí. Fué menester que Sergio se tragase algunas, a pesar de las muecas que hacía a cada dentellada. Regresaron deslomados, felices, siendo tanto lo que habían reído, que dolíanles los ijares. Albina no tuvo siquiera valor para subir aquella noche a su cuarto; durmióse a los pies de Sergio, de través sobre el lecho, soñando que se subía a los árboles y que acababa de crugir con los dientes, mientras dormía, los frutos silvestres que había escondido a su lado bajo la colcha.